

EMIRO MARCANO MAZA

LOS INTELECTUALES

**ASOCIACIÓN DE ESCRITORES DE VENEZUELA
SECCIONAL DE NUEVA ESPARTA**

Santa Ana, mayo de 1990

LOS INTELECTUALES

El tema fue propuesto en El Maco en 1986 y se había dejado dormir hasta hoy que resucita para su análisis.

En Nueva Esparta se habla del Intelectual con mucha ligereza, por eso en el seno de la Seccional de Nueva Esparta de la A.E.V. debe tratarse el asunto con la seriedad que requiere para su conocimiento cabal. Me limito a revisar las opiniones y conceptos de los estudiosos del tema para iniciar una discusión que aclare las dudas que puedan existir sobre este delicado pero vital asunto.

CONCEPTO E HISTORIA

El diccionario de Ciencias Sociales al definir al intelectual se refiere a la inteligencia por considerarlo como término más apropiado para su definición y dice: “El término *intelligentsia* lo utilizó en el siglo pasado en Rusia, alrededor de 1860, un novelista de segunda fila llamado Boborykin”. Sigue el diccionario: “Componían la intelligentsia profesores sin cátedra, escritores y artistas sin recursos, nobles segundones, eclesiásticos sin beneficios y descendientes de clérigos de la iglesia rusa”.

Golo Mann dice: “En lo que atañe al término intelectual, proviene naturalmente del latín, del verbo *intellegere*, que significa comprender; así pues, emplear su entendimiento, pensar, más exactamente del adjetivo *intellectualis* fundado en el intelecto, a través del entendimiento, o también a través de la razón”.

Continúa Mann: “Desde que ha habido cultura, han existido individuos que, sin haber practicado un oficio, dedicaron su tiempo y su fuerza a la contemplación de cuestiones generales: cuestiones de la ciudad y del estado; cuestiones de la condición humana en esencia”.

“En el occidente cristiano los primeros que se entregaron a la teoría, los primeros lectores y escribientes fueron los hombres de la iglesia, sacerdotes y monjes: clérigos”.

“Cuando en las postrimerías de la Edad Media comenzaron a florecer las universidades, se agregaron los maestros de las ciencias, que ya no estaban completamente ligados a la iglesia, los juristas o legistas, los filósofos”.

Sigue Golo Mann: “Un antecesor de los modernos intelectuales es el maestro de escuela laica, que hizo su aparición allí donde las iglesias y los monasterios que ya no fueron suficientes para cubrir la instrucción de la juventud; otro, el libelista y gacetero político, el periodista que pudo desplegar su acción difusora sólo después de la invención de la imprenta y ello en forma muy paulatina”.

Más adelante dice este autor: “Como conclusión manifestaré aun que considero desatinada la diferenciación entre profesor e intelectual, si es que queremos conservar el vocablo ‘intelectual’.”

Y continúa: “Opino que esta diferenciación entre literatura creadora e intelectualismo es errónea. Por esta razón, y no meramente porque la palabra sea fea, debería dejarse de hablar de intelectuales”.

“Pero ¿de qué hablaremos entonces? Muy sencillo, de escritores. Un escritor es todo aquel que escribe algo para lo cual se requiere fantasía, y que interesa o quiere interesar a un público, a un lector anónimo”.

Hagamos ahora nuestras consideraciones particulares, que son la base para las discusiones esclarecedoras que enriquezcan este tema tan importante. No parece feliz que el diccionario de Ciencias Sociales identifique al intelectual con intelligentsia, aunque se refiera con el término a un

determinado grupo humano. Inteligencia, con esta aceptación, confunde, ya que inteligencia es una cualidad, una función del hombre, que según Piaget viene estructurándose en el individuo desde su nacimiento hasta la adultez pasando por varios estadios. Y según la definición de Weschler, inteligencia es la “capacidad global o agregada del individuo, para actuar con propósito y desenvolverse efectivamente en su medio ambiente”.

Todos los autores citados y otros consultados no toman en consideración la forma o medio de expresión del intelectual; todos se refieren al intelectual como escritor, (que escribe solamente) pero no se toma en cuenta las otras formas y medios de expresión del mensaje. No se considera la opinión a través de la radio y la televisión. Arturo Uslar Pietri, es en Venezuela quien más ha utilizado los medios audiovisuales para expresar sus opiniones; últimamente el país todo se unió por ese hilo mágico televisivo por la palabra “pendejo” dicha por este esclarecido intelectual.

Golo Mann nos dijo anteriormente que debemos hablar mejor de escritores y no de intelectuales. Veamos la opinión de otros autores al respecto. Jean-Paul Sartre dice: “El escritor es un hablador: señala, demuestra, ordena, niega, interpela, suplica, insulta, persuade, insinúa”. También dice este autor: “El escritor ‘comprometido’ sabe que la palabra es acción; sabe que revelar es cambiar y que no es posible revelar sin proponerse el cambio”. Más adelante continúa: “Sabe que las palabras, como dice Brice-Parain, son ‘pistolas cargadas’. Si habla tira. Puede callarse, pero, si ha optado por tirar, es necesario que lo haga como un hombre apuntado a blancos, y no como un niño, al azar, cerrando los ojos y por el sólo placer de las detonaciones”.

CUALIDADES O FUNCIONES DEL INTELECTUAL

A. Weiler dice: “Si, por ejemplo, se designa con el término ‘intelectuales’ aquella categoría de la población ‘cuyos miembros, por razón de su evolución,

de sus actividades y de los valores por ellos representados, pueden aspirar a cierto liderazgo espiritual en la sociedad', con ello parece decirse bastante".

Más adelante expresa: "Algo se avanza si se considera, con Ortega y Gasset, la actitud crítica frente al mundo que le rodea como característica del intelectual".

Y sigue: "A ella se añade también cierto desarrollo moral y estético que a menudo frena en el intelectual la acción directa y le estimula más bien a influir desde una cierta distancia el mundo general del pensamiento: puede encontrarse intelectuales de esta especie entre los científicos, los escritores y los periodistas".

Refiriéndose al papel de los intelectuales en la vida social dice: "Los intelectuales se rebelan contra el orden existente si este pone trabas a su libre actividad intelectual".

En cuanto a la libertad de los intelectuales, Weiler expresa: "La exigencia de libertad de enseñanza y de investigación, de autonomía universitaria, no se mantiene únicamente frente a los regímenes totalitarios, que exigen una profesión de fe a profesores y estudiantes, sino también frente a las declaraciones eclesiásticas que querrían limitar la universalidad de este principio de libertad".

"Precisamente a causa de su talante antidogmático, el intelectual siempre intentará aplicar su base de información y tener conocimiento de otras teorías para así comprobar hasta qué punto es sostenible su propia posición e incluso, si llegara el caso, abandonarla, con objeto de estar completamente 'al día': un intelectual que va a la zaga de la evolución de su medio cultural pierde rápidamente su facultad crítica y, en consecuencia, su papel social".

Dice Weiler: “El intelectual no es el visionario aislado y genial: es simplemente el crítico de la sociedad desde dentro de la sociedad misma; la confronta con sus propios ideales conscientes o inconscientes y pone al descubierto la mezquindad y el carácter opresor de las formas existentes. En el mejor de los casos logra penetrar en las causas del conflicto entre la conciencia social y la situación socio-cultural, y deriva entonces hacia la acción reformadora”.

Otra función del intelectual es su autoridad y sobre el tema copiamos a H.R. Scblette: “La autoridad (también difícil de ‘definir’) es un conglomerado de prestigio social competencia específica e integridad personal, pero no atendiendo simplemente a la ‘autoridad oficial’ que se atribuye a instituciones como el Estado, la Iglesia o la Universidad. La autoridad quiere ser respetada, escuchada, acatada, aceptada; exige obediencia y no raras veces tiende a olvidar sus condicionamientos y su historia en beneficio de poder y del status quo”.

Más adelante expresa: “Si miramos por unos momentos la situación, el ‘poder’, las posibilidades financieras y no financieras de los intelectuales con los ojos de un político (práctico), de un dignatario eclesiástico o de un hombre de negocios (suponiendo que éstos no sean intelectuales, lo cual no es infrecuente), nos inclinaremos a pensar que la autoridad de los intelectuales es muy poca cosa. Y luego dice: “Personalmente veo tan sólo una pequeña posibilidad de que los intelectuales alcancen autoridad y la hagan valer: si existe una opinión pública libre y en la medida de que exista”.

El compromiso del intelectual, función vital y definitoria, se sintetiza en la concordancia de su teoría con la práctica; que sus palabras, dichas o escritas, concuerden con acciones prácticas que conlleven a transformaciones en el pensamiento y la realidad de la sociedad. De no ser así, el intelectual no pasaría de ser un narciso enamorado de su verbo, encasillado en un nicho estéril donde espera la admiración de sus adoradores.

Todas estas funciones deben estar sostenidas por otra que las cubre a todas: la responsabilidad. El intelectual no puede tener miedo para sostener sus principios y sus juicios críticos. Sólo los cambios científicos y técnicos deben ser tomados en consideración para el ajuste de sus opiniones. Y esto encaja perfectamente en el criterio de ‘estar completamente AL DÍA’.

¿De qué, de quiénes y para quién debe ejercer sus funciones el intelectual? Benedetti, refiriéndose a los escritores latinoamericanos anota: “...como tareas prioritarias, la búsqueda de nuestra expresión y la interpretación de nuestra realidad. No sólo hemos sido colonizados por los sucesivos imperialismos que se ha ido pasando América Latina como en una carrera de postas; también lo hemos sido por sus respectivos patrones culturales, y últimamente, como bien lo señalara Roberto Fernández Retamar, algunos de nuestros críticos han sido colonizados por la lingüística”.

Pero tampoco quedarse en la visión parcial y limitada de Latinoamérica, sino como lo expresa el mismo Benedetti: “...dimensión y punto de vista que de ningún modo desdeña el aporte europeo (esa si sería una estupidez del subdesarrollo), más bien lo comparten o rechazan sin asomo de autocolonización, es decir, de igual a igual”.

“Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas”, dijo el infalible Martí”.

De modo que el intelectual tiene la responsabilidad de conocer el proceso histórico cultural del mundo, pero interesándose, metiéndose, participando en las circunstancias de su medio y ejerciendo sus funciones para tratar de transformarlas.

Como lo anota Gramsci: “El error del intelectual consiste en creer que se puede saber sin comprender y, especialmente, sin sentir ni ser apasionado (no sólo del saber en sí, sino del objeto del saber), esto es, que el intelectual

pueda ser tal (y no un puro pedante), si se halla separado del pueblo-nación o sea, sin sentir las pasiones elementales del pueblo, comprendiéndolas y, por lo tanto, explicándolas por la situación histórica determinada; vinculándolas dialécticamente a las leyes de la historia, a una superior concepción del mundo, científica y coherentemente elaborada”.

Otra consideración vital que ha de hacerse para abarcar este tema es la condición de individualidad o de colectividad de la función del intelectual. Al respecto, Mario Benedetti, nos dice: “A la cultura de liberación le interesa en cambio nuestra labor en comunidad, ya que cuando más unidos estemos, mas alcanzable ha de ser nuestra liberación. Quizá esté aquí la diferencia esencial. En la cultura de dominación, el aparente protagonista es el individuo, pero enclaustrado en su frustránea soledad. En la cultura de liberación, el hombre es por supuesto figura esencial, pero como integrante de ese gran protagonista que es el pueblo”.

En un reciente foro sobre el caso Margarita, organizado por U.D.O. Nueva Esparta, expuse una idea que ahora, creo oportuno, debo desarrollar con cierta amplitud porque tiene aspectos comunes al tema de los intelectuales.

Hablé de ocho poderes en vez de los tres conocidos y tratados por la Constitución Nacional. Esos poderes son: el legislativo, el judicial, el eclesiástico, el militar, el ejecutivo, el político (del partido de gobierno), el económico y el poder del pueblo (no popular).

Esta clasificación se hace en base al poder real y efectivo de cada uno de estos entes, considerados de menos a más poderosos. Así el legislativo sería el menos poderoso de estos poderes, porque en la práctica venezolana obedece a los dictados del ejecutivo, que lo maneja por los votos de los “compañeros” y por la “compra” de la conciencia de los opositores. La historia nacional de estos días está llena de ejemplos.

El poder judicial es manejado por el poder político. El caso Recadi es una expresión irrefutable de esta debilidad y sumisión de un poder a otro. El eclesiástico es más poderoso que los anteriores pero muchas veces lo sentimos mediatizado por condicionamientos debidos a la ayuda económica del estado venezolano para la iglesia.

El militar está por encima de los precedentes y en complicidad muchas veces con el poder ejecutivo. El caso de El Amparo habla abiertamente y descaradamente del “poder” de este poder militar.

Con decir que en Venezuela, en los años de la “democracia”, lo que hay es una dictadura de partido, se abarca la condición de inmenso poder que tiene el poder ejecutivo y el poder político. La opinión de la oposición se condiciona por medio a las acciones políticas, muchas veces erradas, del ejecutivo y del partido de gobierno.

El pueblo, intoxicado por la opinión del gobierno (ejecutivo y partido), a través de los mass media, puede llegar a aceptar, sin creerlo ni quererlo, la mentira que se le dice, porque no tiene líderes que asuman una conducta rectificadora.

El poder económico en Venezuela, que está guiada por el sistema capitalista, como en todos los países controlados por el capital, está por encima de todos los poderes anteriores, incluso del ejecutivo y del político. Estos son una débil e incolora máscara de los dueños del dinero, que detentan el poder económico, quienes, como es un gran circo, manejan las cuerdas de los payasos de la función de turno. Lo peor de este espectáculo es que ni siquiera es nacional, sino que sus tentáculos son controlados por la maquinaria central que funciona en el fondo monetario internacional, y que con descarada ingenuidad los “representantes” del poder ejecutivo admiten y divulgan públicamente.

Queda el poder del pueblo (no popular, porque popular puede ser cualquiera de los anteriores poderes, que sería lo mismo que una mascarada demagógica para engañar y usufructuar los beneficios y bondades de la fuerza del pueblo).

Este poder del pueblo, demostrado más recientemente el 27 y 28 de febrero de 1989, es el verdadero y más “poderoso” poder de los ocho. Este poder está conformado por los analfabetos, los desempleados, los obreros, los estudiantes, los profesionales y los intelectuales. Si imaginamos una pirámide y formamos la figura con estos habitantes de nuestro país (esto es aplicable a Latinoamérica), vemos que los intelectuales están en el vértice y que desde allí deben irradiar sus funciones para la orientación, la concienciación, pero para, sobre todo, la guía para la transformación de las condiciones podridas que dañan el normal, sano y verdaderamente democrático funcionamiento de la sociedad. Si el 27 de febrero hubiera tenido un solo líder (que debía ser un intelectual) se hubiera producido un terremoto en el país cuyas consecuencias todavía las estuviéramos viviendo.

En los intelectuales estarían los escritores, los comunicadores sociales, los escultores, los pintores, los poetas y los músicos. Si todos se pudieran unir algún día para con sus respectivos mensajes llegar a la toma de la conciencia del pueblo para la asunción de las transformaciones alienantes, se estaría provocando el ejercicio de la verdadera democracia, donde todos tengan iguales deberes e iguales derechos, que sería el sistema de libertad plena, única condición para que el intelectual pueda ejercitar sus funciones inmanentes.

Como dice Jean-Paul Sartre: “Llega el día en que la pluma se ve obligada a detenerse y es necesario entonces que el escritor tome las armas. De este modo, cualquiera sea el modo que haya venido al campo de las letras, sean cuales sean las ideas que se profesen, la literatura lanza al escritor a la batalla; escribir es cierto modo de querer la libertad”. ¿Estará con esto todo dicho acerca de los intelectuales?

Nuestro poeta y filósofo Ludovico Silva nos habla de la diferencia entre “trabajadores intelectuales” e intelectuales. Oigámoslo: “En principio, pues, trabajadores intelectuales son todos aquellos individuos (que forman un importante sector de la sociedad), que trabajan con su mente y no con sus músculos, que viven de sus ideas y no de sus manos”.

Continúa el filósofo: “Los ‘trabajadores intelectuales’ no son una entelequia; son, como dice Baran, ‘los médicos, los directivos de empresa y los propagadores de cultura, los bolsista y los profesores universitarios’, en la medida en que estas actividades y profesiones abandonen la actitud crítica para convertirse en pasivos servicios a un sistema y en sustentos ideológicos del mismo”.

“Por intelectual”, dice Ludovico, “debe entenderse, un hombre que utiliza sistemáticamente su pensamiento para distinguir y denunciar la estructura del sistema y no sus apariencias; para atacar frontalmente y destruir todos los mitos y afiches que el sistema elabora y difunde a fin de justificarse ante la conciencia de los hombres, para restituir la verdadera noción de conciencia, que implica a la noción de crítica, y elevar a la percepción lúcida de las gentes el significado de todo ese cúmulo de imágenes-fetiché y representaciones-ídolos que el sistema ha instalado en su preconciencia; para ayudar a concebir la situación existente no como un fenómeno natural, sino histórico y, por tanto, superable; en fin para ayudar a concebir el mismo trabajo intelectual no como la parte funcional de un sistema, sino como el elemento conflictivo que ataca al sistema en su entraña misma, denuncia su carácter de explotación y explicita su podredumbre. En este sentido, el intelectual no se diferencia de cualquier otro revolucionario, y no debe en verdad diferenciarse; sin embargo, es sensato atribuirle como finalidad específica la elaboración teórica de todos estos aspectos y de su vinculación con la práctica subversiva”.

Conformada así la “clase” de los intelectuales, la universidad venezolana tendría mucho que responderle a sus cuestionamientos, porque

estas casas de estudio en el país se han venido convirtiendo en apéndices de los partidos políticos, cuando deben ser la más alta expresión del conocimiento universal, puesto al servicio de la salud social del país.

En Margarita está en fermento, en ebullición una situación social a punto de estallar. Corresponde a los intelectuales ser el catalizador que oriente y acelere esta reacción para que surjan los productos buenos para la esperanza del pueblo.

Antes deberíamos preguntar: ¿Hay intelectuales en Margarita? Las respuestas a esta pregunta serían la parte más interesante de esta conversación y que no dudo van a enriquecer y aclarar todas las dudas que haya introducido en el planteamiento de este tema, escabroso pero apasionante.

Yo imagino un excelente inicio de la primera célula familiar de la “clase” de intelectuales en Margarita cuando se constituya un coloquio en la Universidad de Oriente donde José Rosa Acosta, traduciendo en poemas la pintura de los cuadros telúricos margariteños de Juan García, sean musicalizados por Alberto Valderrama Patiño, cantados por Jesús Ávila y llevados a los oídos y al corazón de los neoespartanos, a través de las ondas hertzianas, en la voz de Jesús Indriago Campo.

Si esto se hiciera trimestral, mensual, quincenal o cotidiano, el alma anémica y parásita de nuestros hombres, mujeres y niños se revitalizaría y sus ojos podrán ver la realidad circundante; sus oídos percibirían las componendas secretas amenazantes y la voluntad toda se pondría al servicio de los justos intereses del ser universal del hombre.

Revisando estas opiniones y meditando sobre la realidad venezolana actual, que parece hundirse progresivamente en un foso profundísimo de amoralidad, por la corrupción de la conciencia de sus hombres; donde no se

vislumbra esperanzas de salvación del país ni en sus instituciones más serias, donde se ha perdido la credibilidad en todo y en todos, donde parece que la Patria es una imagen borrosa en los sueños de los ilusos fabricantes de utopías, donde nadie se atreve a decir la verdad; se impone la actuación de los intelectuales como tabla de salvación de la nacionalidad. Es necesario que los intelectuales asuman sus roles de líderes espirituales, de críticos, de demócratas defensores de la libertad, de hombres responsables y comprometidos, de conocedores de las realidades sociales de su entorno, de revolucionarios transformadores de las situaciones alienantes del hombre.

Los intelectuales de Venezuela tienen que unirse para, con sus mensajes y acciones, criticar lo malo y empujar hacia las transformaciones que exige el país. Estas acciones no deben estar aisladas, sino que han de tener el apoyo y el eco de y para el mundo entero, a través de los intelectuales del universo.

Por esas razones debemos contestarnos antes: ¿Somos intelectuales? Entonces cumplamos las exigencias de sus roles.

Margarita espera la orientación de sus intelectuales. Venezuela está urgida de sus acciones.

El intelectual tiene que asumir el liderazgo de esa “clase” representada por el poder del pueblo, para que su orientación y su guía sean traducidas en conocimiento efectivo y acciones concretas de la realidad circundante, para luego ser puestas al servicio y disfrute de todos. No hacerlo sería dejar, por conducta cómplice, que ese inmenso poder transformador sea utilizado por los otros poderes para el engaño y el mantenimiento de una situación irreal que profundiza el círculo vicioso de la vida de los hombres, que bien merecen vivir en armonía por el aprovechamiento de los inagotables recursos de la naturaleza.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Benedetti, Mario. **El Recurso del Supremo Patriarca**. México: Editorial Nueva Imagen, 1979.

Hoffman, Kurt. **Poder e Impotencia de los Intelectuales**. Caracas, Monte Avila Editores, 1970.

Instituto de Estudios Políticos de Madrid. **Diccionario de Ciencias Sociales**. Madrid, 1975.

Macciocchi, María Antonieta. **Gramsci y la Revolución de Occidente**. México: Siglo Veintiuno, 1975.

Sartre, Jean-Paul. **¿Qué es la Literatura?** Buenos Aires: Editorial Losada, 1976.

Silva, Ludovico. **Belleza y Revolución**. Caracas: Talleres Tipográficos de Miguel Ángel García e hijo, 1979.

Varios. Tema: Los Intelectuales en la Iglesia. **Concilium 101, Revista Internacional de Teología**. Madrid, 1975.

TEXTO DIGITALIZADO PARA USO ACADÉMICO Y EDUCATIVO, SIN FINES DE LUCRO.

Transcripción, corrección, diseño y diagramación:

Licdo. Frank Omar Tabasca

frank_otl@hotmail.com

La Asunción, estado Nueva Esparta

Junio de 2026